

FEDERICO BRANCO

# ARTHUR KOESTLER

(1905-1983)

## LA COHERENCIA HASTA EL FIN

En Sevilla, la madrugada es fría. En el largo corredor del cuartel convertido en prisión política por los franquistas, los pasos del carcelero que se aproxima resuenan secos contra el piso de piedra. En el interior de su celda, el prisionero que hace semanas que permanece aislado sabe lo que significan aquellos pasos: todos los días, al amanecer, el carcelero va en busca de los que fueron escogidos para enfrentar el pelotón de fusilamiento. No hay recurso ni apelación. Cuando la puerta de la celda fue abierta, quien allí se encontraba ya sabe que su destino final es el paredón del patio del cuartel, frente a los cañones de los fusiles.

En aquella madrugada, los pasos pesados del carcelero se acercan a la celda donde espera el prisionero. La llave gira y el mecanismo actúa. Pero el prisionero no se inquieta. Sabe —o, mejor, intuye— que su hora final no llegó todavía. En efecto, la puerta no llega a ser abierta. La llave vuelve a girar. Los pasos del carcelero suenan nuevamente sobre el piso de piedra. Descubrió a tiempo su error y se dirige a buscar, en otra celda, al prisionero que fue elegido para morir aquella mañana. Poco después, Arthur Koestler oíría los estampidos a los que ya estaba habituado: antes de que el sol naciera se oírán, todas las mañanas, la salva de los fusiles y el tiro de gracia de la pistola.

La experiencia vivida en plena guerra civil española inspiraría a Koestler (al final liberado gracias a un gran movimiento internacional de protesta) no sólo sus impresiones del episodio en *El testamento español* sino también la primera y la más contundente de las denuncias acerca de la verdadera naturaleza del régimen soviético: *Darkness at Noon* (*El cero y el infinito*, un título ridículo).\* Y más tarde, cuando llegó a la conclusión de que ya había dicho todo lo que tenía que decir sobre política, democracia y totalitarismo, fue todavía la premonición que tuvo en Sevilla, en la prisión franquista, lo que lo llevó a estudiar la historia, la psicología y la metafísica en busca de una explicación para la condición humana y para la discrepancia manifiesta entre el progreso tecnológico y la irracionalidad del hombre.

La experiencia vivida por Koestler en la cárcel de Sevilla fue un episodio que encajó perfectamente en la accidentada, áspera y dura trayectoria de su vida. Con la sola excepción de André Malraux —con el que tuvo muchos rasgos en común—, ningún escritor de este siglo imprimió a su existencia una coherencia tan grande con las causas que abrazaba y defendía y que lo llevaron a emigrar varias veces, a vivir como trabajador rural, periodista, revolucionario profesional y adversario declarado y activo de todas formas de totalitarismo.

\* Al igual que en portugués, el título de la traducción española de *Darkness at Noon* es también *El cero y el infinito*. En Destino libro, Barcelona, 1947. N. del T.

© O Estado de São Paulo

### Un espíritu abierto al mundo.

Hijo de judíos, Koestler nació en Budapest, como súbdito del emperador Francisco José. Era el año de 1905 y el mundo vivía aún la Belle Époque. Ya sea por la atmósfera mundana de la capital, ya por la de su vida familiar (hablaba húngaro en la escuela, pero la madre lo obligaba a emplear el alemán en la casa), desde pequeño se interesó por el dominio de las ideas, con un espíritu abierto al mundo. Su propia existencia vagabunda lo llevaría al uso fluido de todas las lenguas modernas. En sus libros de memorias (*Arrow in the Blue* y *The Invisible Writing*), Koestler atribuye como punto de partida de la orientación que daría a su vida el hecho de haber sido testigo ocular de la efímera revolución bolchevique liderada por Bela Kun, que se registró en Budapest entre marzo y agosto de 1919, después del derrumbe del viejo imperio austrohúngaro. La impresión que ese periodo de agitación revolucionaria dejó en el joven de 14 años fue casi la de una fiesta, que vino a quebrar la aburrida rutina de sus estudios.

Las convulsiones que continuaron conmocionando a Europa Central empujaron a Koestler a residir temporalmente en Viena. Allí, y como estudiante, el joven Arthur cayó bajo la influencia de Vladimir Jabotinsky y abrazó la primera de las causas que defendería apasionadamente a lo largo de su vida: el sionismo. Y como lo haría en su vida adulta, entonces no vaciló en poner en práctica aquello en lo que creía: viajó a Palestina, donde entró en contacto con los pioneros que crearían el futuro Estado judío. Trabajó en una hacienda colectiva, fue ayudante de panadero, vendió naranjas y refrescos en Jaifa. Con todo, y a despecho de su simpatía por la causa sionista, no consiguió adaptarse a las condiciones de vida que existían en Palestina. La experiencia que vivió allí daría por resultado, años más tarde, *Ladrones en las tinieblas*, libro en el que contó los conflictos de que fue testigo: no sólo los de los sionistas judíos con la población árabe, sino también con las autoridades inglesas que administraban el territorio y que a todo sobreponían los intereses imperialistas británicos, favoreciendo así el recrudecimiento del terrorismo de los palestinos, que se sentían expoliados, y de los judíos, que afluían de la atormentada Europa inspirados por el ideal sionista.

De regreso a Viena, Koestler juzgó haber encontrado su verdadera vocación en el periodismo, y como reportero de los diarios del grupo Ullstein viajó por toda Europa, investigando, haciendo proselitismo y tomando posición en relación con las causas e ideologías en conflicto. Decidió que su patria sería el mundo y que la mayor amenaza que pesaba sobre él era el fascismo, que ya dominaba Italia y comenzaba a diseminarse por varias naciones bajo distintas formas.

En sus andanzas como periodista llegó a Berlín en 1930, justamente el día en que se realizaban las elecciones para la renovación del Reichstag. Impresionado por los progresos logrados por los nazis, llegó a la conclusión —como tantos otros intelectuales en el periodo de entreguerras— de que sólo el comunismo podría detener el progreso del totalitarismo fascista. Pasó meses estudiando el marxismo y al año siguiente se afilió al Partido Comunista Alemán, rígidamente controlado y dirigido por Moscú. En 1931 fue el único periodista que logró participar en la expedición al Polo organizada por los científicos que habían fletado el dirigible Graf Zeppelin.

### Las andanzas de un periodista inquieto.

Entre 1932 y 1933 visitó la Unión Soviética. Las grandes purgas promovidas por Stalin, que liquidarían a la vieja guardia bolchevique, todavía no habían empezado. Pero las consecuencias del bárbaro proceso de colectivización forzada de la agricultura ya eran más que visibles. Esa realidad no escapó al periodista, pero como era también un disciplinado miembro del partido, se calló la boca. Años más tarde, en sus memorias, Koestler atribuirá buena parte de esa actitud a su propia ingenuidad y a su desconocimiento de lo que sucedía en la Unión Soviética; no llegó, por ejemplo, a comprender la reacción de espanto de un policía de la GPU, de servicio en una estación ferroviaria, cuando lo interpelló en busca de una información. Sólo más tarde comprendería que en la Rusia de Stalin nadie osaba interpellar a un agente de la policía política —cupiendo a ésta el poder de interrogar a todos. Así, lo que vió y vivió en la Unión Soviética contribuiría a aumentar su creciente desencanto del comunismo. Sin embargo, aún lo veía como la única fuerza organizada capaz de enfrentarse al fascismo, al que tenía por el mal mayor. De esa forma continuaría siendo fiel a las directivas de Moscú.

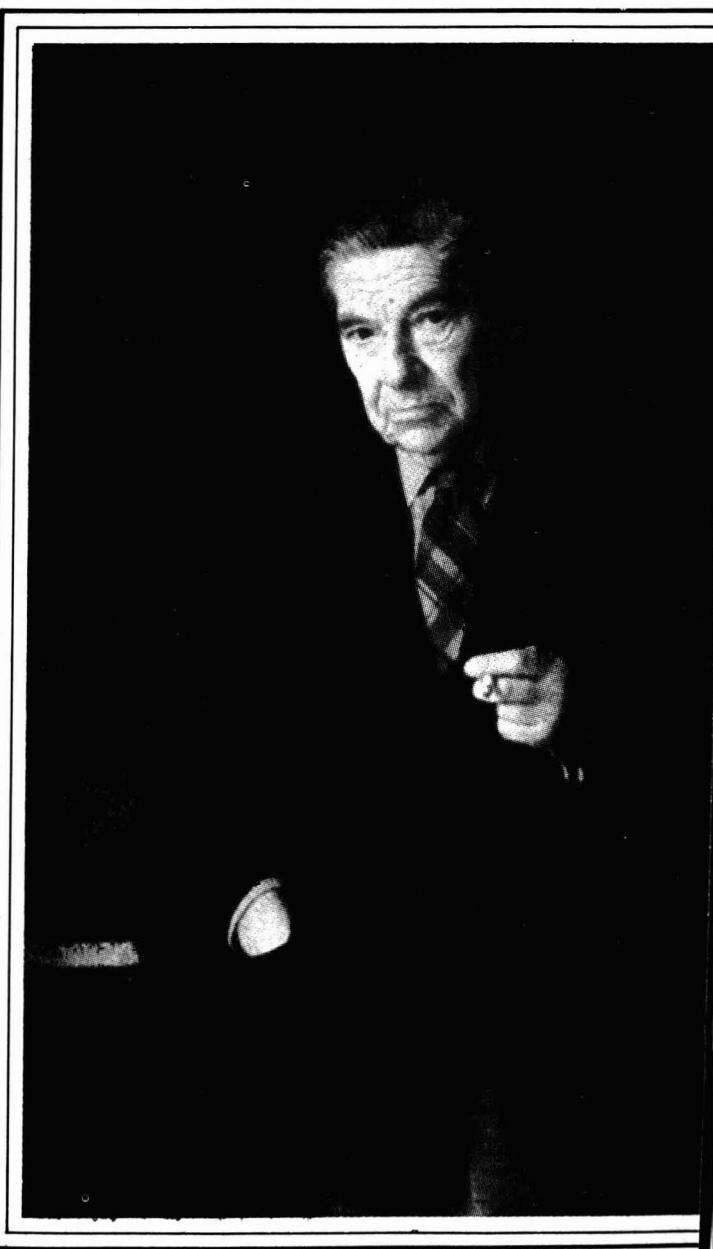
Durante su permanencia en la URSS, los nazistas vencieron las frágiles resistencias que encontraban en la débil República de Weimar. Hitler asumió el poder el 30 de enero de 1933 y desencadenó de inmediato la represión, recluyendo en los campos de concentración a todos los enemigos del nazismo. Imposibilitado de regresar a Alemania, Koestler se estableció en París como corresponsal extranjero. Allí, además de cumplir las misiones que le eran atribuidas por el PC, colaboró con varios periódicos —incluso en diarios alemanes bajo seudónimo.

En *Arrow in the Blue*, Koestler recuerda uno de los raros incidentes de que fue protagonista en la tensa atmósfera que antecedió a la segunda guerra mundial. Según los términos de su contrato con un diario alemán, que se publicaba a mediodía, Koestler debía enviar todas las mañanas una comunicación sobre lo que sucedía en Francia. Determinados días, y como ocurre a todos los corresponsales en todo el mundo, se topaba con dificultades para obtener material para su despacho matutino. En una de esas mañanas, y carente de la noticia que pudiera interesar a sus lectores alemanes, Koestler decidió recurrir a su propia imaginación. Relató entonces un violento choque que habría ocurrido en un paso a desnivel entre un tren y un camión, cargados de huevos y combustible. De la colisión habría resultado un incendio y de éste una inmensa *omelete* que, a su vez, habría hecho las delicias de los pobres vagabundos que se encontraban en las proximidades. El editor del vespertino recibió y publicó la noticia, destacando su aspecto pintoresco. Pero las autoridades francesas no vieron nada pintoresco en el

asunto, especialmente después de que una investigación demostró que el accidente relatado no había ocurrido nunca.

Pero los interludios pintorescos como éste fueron muy raros en la vida de Koestler. En 1936, cuando Franco levantó al ejército contra el gobierno de la República, el *New Chronicle* de Londres le encargó cubrir la guerra que comenzaba. Koestler se dejó sorprender en Málaga por el rápido avance de los franquistas, fue detenido como sospechoso de colaborar con las autoridades republicanas y se le transfirió a una prisión de Sevilla. El destino reservado a esos sospechosos era inevitablemente la muerte. Su salvación fue obtenida gracias a una enorme campaña de protestas promovida por el *New Chronicle*, a la que adhirieron conocidas personalidades antifascistas. Interesado en obtener el apoyo y la simpatía de las naciones occidentales en su lucha contra el gobierno republicano, abiertamente ayudado por la Unión Soviética, Franco liberó y otorgó la extradición al periodista.

En 1938, y ante sus amigos, Koestler ya admitía su profunda desilusión del comunismo, en virtud de sus experiencias en la URSS y en España. Su rompimiento formal con el



Arthur Koestler.

PC data de esa misma época. Pero eso no evitó que en los comienzos de la segunda guerra mundial fuera hecho preso e internado por los franceses, como extranjero indeseable, lo que le daría pie para el relato *Scum of the Heart*, donde recuerda su pasaje por un campo de concentración en Francia. Y tampoco evitó que lo apresaran en Londres, cuando llegó allí en busca de refugio, en una época en que las autoridades británicas tendían a ver en todos los extranjeros un posible agente de la quintacolumna alemana.

Ya establecido en Inglaterra, participaría activamente en el esfuerzo de la guerra y publicaría su obra principal, ésa que lo llevaría a la fama internacional: *Darkness at Noon*. Con su devastadora denuncia sobre lo que ocurría en la Unión Soviética, Koestler se anticipó muchos años a lo que después harían Solzenitsin y otros. Fue el primer escritor de renombre que expuso no sólo la perversión del régimen soviético sino también el primero en revelar, amparándose en la psicología, un misterio que todavía no había sido descifrado en Occidente: ¿qué había llevado a los integrantes de la vieja guardia bolchevique, implacablemente exterminada por Stalin, a hacer las más abiertas autocríticas y a reconocer públicamente los crímenes que se les imputaban en los simulacros de juicios que fueron los procesos de Moscú?

### De la política a la especulación filosófica.

Koestler sugirió una explicación racional para ese fenómeno: se trataba de una proyección de la propia irracionalidad del sistema. Así deshizo las ilusiones de muchos que aún pretendían entrever vestigios de democracia en el totalitarismo soviético. En vista de sus antecedentes, Koestler no podía ser tildado de fascista por sus antiguos camaradas comunistas, pero estos reaccionaron ante el enorme impacto producido por la publicación de la denuncia acusándolo de traición a la causa y cubriéndolo de improperios. Esas reacciones se reavivaron, y con gran violencia, después de la publicación de otras obras políticas de Koestler, como *Arrival and Departure*, *The Yogi and the Commissar*, y particularmente luego de la divulgación de su testimonio en la antología *The God That Failed*, donde junto a Ignazio Silone, Richard Right y otros antiguos y desilusionados militantes del PC, expuso las razones que lo condujeron a abandonar y repudiar el partido, después de concluir que el comunismo debería situarse, al lado del fascismo y el nazismo, entre los abominables totalitarismos.

En 1955, y ya naturalizado ciudadano británico (detestado por los radicales de izquierda y mirado con profunda desconfianza por los derechistas, que no le perdonaban el empleo de la dialéctica como forma de análisis de la realidad), Koestler anunció una decisión que sorprendió tanto a sus amigos como a sus adversarios. Los temas políticos habían dejado de interesarle y pasaría a tratar otros, esencialmente filosóficos. Entre los fenómenos que se proponía analizar figuraba el de la parapsicología, en la que trataría de encontrar una explicación para aquella vieja premonición que tuvo en la celda de Sevilla.

Había terminado la acción directa en la vida de Koestler. Después de la publicación de su primera obra no política (*The Trial of the Dinosaur*) respondió a las críticas que le hicieron sus amigos en el sentido de que estaría perdiendo el tiempo en divagaciones filosóficas. Les contestó que “ahora estoy convencido de que no se puede llegar al fondo de la política sin haber estudiado historia y psicología de las masas. Además, ya dije todo lo que tenía que decir sobre la democracia y el totalitarismo. Durante más de treinta años escri-

bí, hablé y actué en política. ¿Quieren que me repita? ¿Que insista en que la paz es deseable y la guerra indeseable, que la crueldad es un mal y la compasión un bien? De tanto hablar, Casandra se quedó ronca.”

Luego del desenfado con que se despidió del activismo político, Koestler cambió mucho, en opinión de sus amigos. Sus numerosísimas certezas se convirtieron en dudas. Tal actitud se reflejaría en obras altamente especulativas, como la trilogía conformada por *The Sleepwalkers*, *The Act of Creation* y *The Ghost in the Machine*. En esta última llega a sugerir que el hombre no sería más que una aberración; intentando explicar esa conclusión, se dedicaba a la investigación de fenómenos que suponía habían sido mal comprendidos o poco estudiados, como en el caso de la llamada percepción extrasensorial.

### El deseo de aislamiento y reclusión.

Esas obras especulativas no impresionaron a la comunidad científica, que las acogió con muchas reservas y atribuyó escasa importancia a los intentos de Koestler por encontrar una explicación para el comportamiento humano a través de una revisión de la antropología y la historia. En una de sus últimas obras, *The Thirteenth Tribe*, defiende la tesis de que muchos judíos de Europa Oriental serían descendientes no de los antiguos semitas sino de una comunidad nacional turca que se habría convertido al judaísmo durante la Edad Media. Así como los científicos no se dejaron convencer por las especulaciones de Koestler, los propios judíos atribuyeron esa tesis antropológica a la imaginación de su autor, y no vacilaron en condenarlo. Incluso un viejo amigo de Koestler, Malcolm Muggeridge, tan antitotalitarista como él, estuvo entre quienes negaron sus investigaciones científicas y filosóficas al formular un comentario cáustico: “Koestler es todo antenna, pero no tiene cabeza.”

Desde entonces, y decepcionado con el vacío que se hacía a sus obras no políticas, Koestler se convirtió en un virtual recluso en su residencia de Knightsbridge, donde vivía con su tercera esposa, Cynthia. El deseo de preservar su aislamiento se manifiesta en su última obra publicada: *Janus*. “En Roma, como los romanos” —comentaba a los amigos que recibía en su casa, arguyendo que como ciudadano británico era apenas ahora, en fecha tan tardía, que había logrado adoptar los hábitos de intimidad y reserva que caracterizan a los ingleses. Pocos sabían que Koestler ya estaba desahuciado por los médicos, después de haberse confirmado que padecía una forma rara de leucemia y del mal de Parkinson. Aparentemente, fueron sus sufrimientos los que lo llevaron a convertirse en uno de los directores de Exit, asociación británica que preconiza el suicidio como la solución última, indolora y digna. Un año atrás, Koestler escribió la introducción para un manual de propaganda divulgado por la Exit, y allí justificó el recurso extremo a la llamada “eutanasia voluntaria”.

Hasta el fin conservó no sólo su lucidez sino su apetito por conocer todo cuanto lo rodeaba: días antes de suicidarse con Cynthia, entregó su perro a un amigo, alegando que el agravamiento de los males que padecía no le permitía tratar como se debía al animal, que había sido un compañero constante durante muchos años. Y así, y rechazando una prolongación de su vida que consideraba indigna y degradante, Koestler logró hacer de su propia muerte una demostración final de la rigurosa coherencia entre la idea y la acción que conservó a lo largo de su existencia de pensador y activista.